

la historia... y circunstancias de la  
fundación de esta ciudad; porque a la par  
que se veían las ruinas y pedruzcos de la na-  
ción guachichilina.  
Mas ¡ah! la calavera que tiene en la di-  
tra mano y con la cual anduvo constante-  
mente los pocos años que sobrevivió al de  
1602, bastante se han a entender que así  
como guardó en su pecho cerrado a las veni-  
dades mundanas; así mantendrá sellado el  
labio al relato de sus grandezas. En tal de-  
a querer celebrarla hoy, es haberla vesti-  
do de gala y desplayado en una pompa  
en el ornato de vuestras calles y vuestras  
plazas; en talde de darla a un  
todas las campañas de vuestras rampas, y  
alrededor el espacio con el toro estampido  
de los cañones. A este talde de la calave-  
ra, que vivió siempre humilde, temeroso,  
pobre, le están mejor la obscuridad y el  
silencio. Ni las ruinas tampoco de sus  
moles, o bronces que recuerdan en sus  
ra y perpetúan sus grandezas; porque en  
vosotros, en vosotros tiene monumento el  
yo y el pasado; como si los que son del ver-  
do mundo que sale de sus labios y que  
repercute aún en cada montón de guano.

### LOS CABEZAS CHATAS DE GUADALCAZAR.

ENSAYO ARQUEOLOGICO.





**Q**UE nuestros monumentos arqueológicos sostienen la comparación con los de gentes que más se precian de la alteza de su linaje y antigüedad de su origen, no es de ponerse en duda, á vista de las pirámides de Teotihuacán y Cholula, que hacen pensar en el Egipto, mientras que las grecas y frisos de los palacios de Mitla recuerdan la combinaciones armónicas de líneas en que sobresalió el arte griego: lo mismo que las ruinas de Casas Grandes y el fuerte de la Quemada y las *yácatas* de Michoacán y los tableros del Palenque, son esos blasones dignos del vetusco cronicón escrito en caracteres de piedra, por tribus que asistieron acaso á la transformación de-



finitiva del continente y no hicieron sino repetir en esta parte del mundo lecciones que en su cuna aprendieron.

Mas aún se pierde en silencio y soledad la voz que los interroga; todavía la tiniebla que los envuelve resiste al poderoso foco de la *ciencia nueva*; los seres que ahí duermen continúan embozados en impenetrable sudario; y siguen siendo ininteligibles las borrosas inscripciones de su tumba. Tan cierto es que en historia como en todo lo que cae bajo el dominio de la inteligencia humana, se tropieza á poco andar con el misterio: si á las veces un acaso feliz echa por tierra obstáculos que parecían insuperables; en otras corren los años, los siglos, lamien- do infructuosamente las barreras.

Es ley, empero, que cuanto más se trabaje más se ahonde, y que cuanto más osado sea el vuelo, mayor espacio se abarque. Si entra en los cálculos de la ordinaria prudencia andar repetidas ocasiones el mismo camino, tantear las distancias, soliviar el obstáculo; del genio es marchar siempre de frente, acometer con brío los peligros, saltar la linde conocida y lanzarse atrevidamente por sendas inexploradas. Así en el estudio de

nuestras antigüedades, cumple hacer á los próceres de la ciencia, que suelen pasar las noches como el inmortal navegante, consultando ansiosamente las estrellas y olfateando el derrotero de un nuevo mundo. ¡Qué alta la cumbre! ¡qué agria y peligrosa la subida! ¡qué insuficiente una vida para señorear siquiera con la vista del uno al otro confín la prometida tierra! Pero al sabio le es dado presentir, adivinar lo que sus cansados ojos no alcanzan; que si á fuerza de largas vigili- as é incesantes meditacio- nes, conforme á leyes de la irradiación pier- de su calor vital, el sacro impulso le hará seguir imperturbable su rumbo, como al pálido astro de la noche, que, frío y muerto, vemos girar calladamente por la inmensidad del espacio.

En esa magna labor de reconstruir un pasado lejano para enseñanza y admiración de presentes y venideros, la parte que á los modestos cultivadores de la historia nos corresponde, es la de sacar de escondido valle ó lóbrega serranía los bloques en que el delicado cincel del artista sabrá trazar líneas purísimas y labrar figuras inmor- tales. De nuestra ayuda se ha menester pa-



ra descubrir y explorar las incontables ruinas que pueblan nuestro territorio: las cavernas donde vivieron ó perecieron gentes cuyo nombre no pudo resistir al olvido, los campos que regaron con su sudor ó con su sangre, las casas en que habitaron sus caudillos y sacerdotes, los *cúes* en que veneraron á sus dioses. Ni se requieren dotes excelsas para coleccionar y describir cráneos, huesos, armas, cerámica, orfebrería; ni contribuiremos en poco á la solución de los grandes problemas prehistóricos, librando tan preciosas reliquias de la codicia que en los sepulcros indígenas no busca sino tesoros abandonados; de la ignorancia que sin piedad las destruye; de la superstición que las tiene por arsenal de brujas y hechicerías.

## I

El Estado de San Luis Potosí no es quizá de los menos ricos en antigüedades cuyo estudio ofrezca novedad é interés. Quienes hayan leído la crónica franciscana de Arlegui, recordarán que hablando de la fundación de Charcas, dice que en la jurisdicción

de este convento se conoce haber habitado gigantes en los pasados siglos: se apoya en la autoridad de un Cura que fué del lugar, P. José de Castro, quien dejó escrito haber tenido en sus manos una muela que pesaba poco menos de dos libras; cosa de cierto admirable, aun para nuestro cronista, que contempló y midió otra muela descomunal encontrada entre Durango y San Juan del Río por unos soldados que le convoyaron durante algunas de sus visitas provinciales.

Entiendo que la reliquia de Charcas no es la única de su especie con que á la Geología y Paleontología brinde el suelo potosino, que así como encierra en el corazón de sus montañas infinidad de metales, así en el seno de sus grutas y en el fondo de sus barrancas guarda rico tesoro á las indagaciones de los sabios. — Probado como está, por otra parte, haber existido en el nuevo mundo la misma fauna gigantesca del viejo, con ser interesante la noticia de Arlegui, de fijo que han de parecerlo más las concernientes á la remota antigüedad del hombre.

Por 1853, don Ciriaco Iturrubarría hizo saber al mundo científico que entre Guadalcázar y Ciudad del Maíz se hallaban restos



de los primitivos pobladores en algunas cuevas de donde, con huesos humanos y dientes cilíndricos, habían sido extraídos trastos de barro y figuras de hombres y animales, y en las antiguas minas de azogue de Guadalcázar, que suponía trabajarían los indios para sacar el bermellón, por no haber señales de que hubieran usado el mercurio.

Veinte años después, don Antonio J. Cabrera nos reveló que en la Huasteca Potosina, en Xilitla, Tanquián y Tampacayal, abundan las ruinas de antiguas y muy extensas ciudades, y los monumentos ó sepulcros llamados *cúes*, que á cada paso se encuentran en los espesos bosques de aquella región privilegiada; de los edificios de Xilitla nos dice que son de cal y canto, bien conservados, al parecer fortificaciones; y de los de Tanquián, en su opinión más dignos de estudio, asevera que están formados de piedras labradas, con escalinatas bien hechas y dispuestas de suerte que forman calles y plazas, con atrios tan extensos que no puede creerse sino que sustentaron magníficos palacios. Ahí se han descubierto, al decir del mismo escritor, estatuas notables por la perfección del trabajo y la corrección

de sus líneas; y no es de admirar que muchas de ellas hayan ido á enriquecer las colecciones de los museos extranjeros.

Villaseñor, en su *Teatro Americano*, asegura que á mediados del siglo diez y ocho Tanquián estaba recién fundado por diez y siete familias huastecas que para situarse ahí habían comprado terrenos. Mas ni él ni cronista alguno mencionan siquiera á los dueños de las arruinadas ciudades; lo cual induce á creer que no fueron contemporáneos de la conquista española, pues no se explicaría el silencio de misioneros y colonos, si se tratara de pueblo reducido por fuerza de armas ó con miras políticas ó por alguna calamidad entonces destruído.

Cuanto á los monumentos de Guadalcázar, tiénese por seguro que pertenecen á pueblos anteriores á la conquista. Consta en documentos fehacientes que á 3 de octubre de 1613, el virrey marqués de Guadalcázar, de quien tomó el nombre la ciudad de que hablamos, hizo á don Carlos de Zúñiga merced de tres sitios de ganado mayor, en términos del pueblo de Santa María del Río adelante del Río verde (1), el un sitio fron-

[1] Para evitar confusión por haber en el Estado



tero de los tres cerros que dicen "Las tres hermanas" en un cerro grande; el otro sitio en las minas despobladas que dicen de San Cristóbal, en un llano que hace á mano izquierda de ellas, junto á una lagunilla; y el otro sitio de estancia, una legua adelante. A ser exacta la fecha de ese documento, puede con visos de razón defenderse que las minas despobladas de que ahí se habla no son de las trabajadas por españoles, cuyos descubrimientos en Guadalcázar anota el P. Cavo hacia el año de 1620, sino las antiguas de indias á que alude Iturribarria, y que se hallan situadas en el Realejo, frente á la lagunilla y el llano demarcados á don Carlos de Zúñiga. Aun se conserva, además, en el Llano uno que otro túmulo ó coecillo, de los que caracterizan el asiento de las primitivas poblaciones, y que se tenían ya por an-

---

de San Luis Potosí ciudades que llevan esos nombres y distan mucho de Guadalcázar, advertimos que entre los documentos consultados se encuentra una declaración de don Carlos de Zúñiga, fecha en Guichiapa, provincia de Xilotepec, á 23 de octubre de 1633, concerniente á la merced que le hizo el marqués de Guadalcázar, de tres sitios de estancia para ganado mayor en términos del pueblo de Santa María del Río, *jurisdicción de las minas de Guadalcázar.*

tiguos al comienzo del siglo XVII, según leemos en los títulos de propiedad de aquella tierra.

A primero de septiembre de 1632, Juan de Abrego pidió al Alcalde Mayor, que lo era Marcos Lasso de la Vega, un ojo de agua situado como á media legua de Guadalcázar, y un sitio para carbonera, hacienda de sacar platas, huerta, corrales y lo demás necesario para sembrar maíz en el llano, "como vamos hacia las labores de la punta de una loma hasta un *coecillo* sobre mano izquierda hacia la parte de Levante."

Por información de Luis Pérez, español avecindado en Guadalcázar *hacia quince años*, y la de otros testigos, averiguóse que la concesión de tierras para sembrar maíz sería muy útil, en razón de que entonces se llevaba de San Luis y se evitaría que el Real se despoblase más de lo que estaba por la cortedad de sus minas. Así lo declaró el Alcalde Mayor en su auto, dando licencia á Esteban de Acevedo, á Juan Carrasco Contino y á Juan de Abrego, para que de acuerdo se repartiesen las tierras que le tenían pedidas. Se hizo el reparto, midiendo el Llano grande y Rincón, y fijando



el centro de éste en una vereda que va de casa de Juan de Abrego *hacia los cúes* como cuatrocientos pasos antes de llegar á ellos. Otra medida se tomó desde la Cruz, mirando *por debajo de los cúes*: ahí se fijó un poste, en cuya dirección desde la Cruz había una vereda, á la izquierda de una barranca honda que cae sobre el sumidero de la Laguna. Y siguió la medición desde la Cruz, por su brazo derecho, rumbo al oriente, donde había un coecillo de piedras largo, "que parece juego de pelota *antiguamente*, con un árbol encima."

Identificando los lugares y rumbos con las denominaciones y señales que de ellos constan en documentos públicos, se enciende el afán de inquirir en libros ó tradiciones orales cuándo y por quién fueron esos *cúes* erigidos. Mas descartando la Memoria del señor Iturribarria, que sólo sirve de manecilla, ni aun la pura noticia de tales monumentos consta en escrito alguno; y ya se deja entender que la tradición no ha de serles más leve que los libros.

## II

Hasta hace pocos años abundaban los *cúes*, al grado de que en las goteras mismas de Guadalcázar bastaba notar una ligera elevación del suelo, una prominencia cualquiera, para afirmar que los aborígenes habían depositado ahí con los restos mortales de sus deudos, sus utensilios, sus joyas y las efigies de sus dioses. Hoy no se encuentran ya esos depósitos tan cerca. Hay que ir á buscarlos á las labores de Acevedo, que aún llevan el nombre de su primer propietario y descubridor del mineral, Esteban de Acevedo; al monte de las Palmas, perteneciente al rancho de Abrego, que recuerda á Juan de Abrego mencionado entre los primeros solicitantes de tierras; y al llano del Rincón y el potrero de Casas Viejas, por donde, siguiendo al sol, se va á la Cañada de los Yugos, una de cuyas cavernas guarda la osamenta de una generación, quizá de una tribu. Contemplando desde allí la inmensa serranía que no parece declinar en un punto sino para brotar á



poco más imponente y robusta, échase uno á pensar que los indios cazadores y belicosos, acertaron, al escoger por morada sitios tan amenos y escondidos que á la par que abundancia de mantenimientos, les brindaban con seguros y formidables baluartes.

En Acevedo quedan dos coecillos ó túmulos imperfectamente explorados. En la ladera occidental del monte de las Palmas, fácil es contar hasta noventa y siete, poco distantes entre sí, unos situados en hilera, irregularmente los más, como que su erección no obedeció á plan preconcebido alguno. Junto al Estanque Alegre hay dos, á uno de los cuales, el más notable de los que me cupo en suerte descubrir, convendría llamar *Cúe del Rincón*, por empezar allí el llano de este nombre. No lejos, al NO., fijan la atención en una tierra de labor conocida por Tabla del Coecillo, nueve manchas de verdura, que son pirámides bordadas de matorrales y de palmas. Cercan una plazuela cuyo eje mayor es de cien metros; y desde la más alta, designada en las consejas del lugar con el dictado de *Cúe de la Campana*, por decirse que ahí se oye sonar una campana á media noche, se ven los otros

ocho montículos, en figura circular, á distancias que varían de ocho á cincuenta y cuatro metros. Desde ahí se descubre también, al poniente, el potrero de Casas Viejas, apellidado así probablemente por los túmulos que nos ocupan, y de los cuales lo separa el arroyuelo del Rincón. Corriente arriba, por último, como á cuatro kilómetros y casi á las faldas de la sierra, se halla otra plazuela que limitan nueve túmulos pequeños, en forma circular dispuestos.

### III

Ni presumo haberlos contado todos, ni es fuerza citar algunos otros perdidos entre la maleza, que no presentan como la mayoría de aquellos señales de excavación. Del resultado de ésta pude juzgar, viendo que los exploradores se habían contentado con practicar un agujero horizontal ó vertical, hacia el centro del montículo hecho con piedras de arroyo, aglomeradas sin orden ni cemento. Y por la impresión que, siguiendo igual sistema de exploración, me causó este descubrimiento, llegué á creer que cansados de no



hallar sino uno que otro fragmento de obsidiana, de ollas ó cazuelas, cuando más alguna cabecita de barro, entre un montón de piedras al parecer inacabable, abandonaban el trabajo los curiosos, dejando el campo á las víboras que suelen anidar en tales sitios.

De esta manera aleccionado, empecé estudiar el Cúe del Rincón, empezando la excavación en derredor de la base, y prosiguiéndola como lo indicaban las paredes á medida que se descubrían. En el centro se halló un muro cilíndrico de cuatro metros de diámetro por uno y medio de altura, formado de piedras de monte, en hilada cuyo espesor no excede de setenta y cinco centímetros. Queda un espacio libre de un metro entre ese muro y la pared exterior, que está hecha de piedras labradas, dispuestas de modo que no presentan superficie plana, adheridas solamente con tierra, lo mismo que las del muro cilíndrico. El frontis de este singular edificio ve al S., y se compone de tres gajos, entre los cuales se hallan dos graderías arruinadas. Lo alto de la cubierta ó revestimiento no llega á dos metros; y es de notar que en ella no hay una línea rec-

ta. El cilindro y el hueco entre las dos paredes estaban rellenos enteramente de piedras, las que había también en gran cantidad acumuladas al derredor y sobre el edificio, hasta figurar una pirámide de siete metros de altura.

De la misma arquitectura es el Cúe de la Campana; salvo que no está revestido de piedras labradas sino toscas, y que sus dimensiones son mayores: su cuerda es de catorce metros; de setenta y seis la circunferencia de su base; y como el ya descrito, se ocultaba bajo enorme cantidad de piedras. Siendo los túmulos más grandes que llegué á ver, y no habiendo hallado en ellos despojos humanos ni antiguallas, confirmé lo observado en las ruinas de Casas Grandes: que las prominencias mayores nada contienen, y que en las pequeñas es donde comunemente se encuentran huesos, vasijas y otros objetos.

Sobre el camino del Rincón y frente al expresado monte de las Palmas, excavé un coecillo en que sólo recogí algunas muestras de loza y puntas de obsidiana. De otro, situado ya en la falda del monte, saqué un cráneo y huesos humanos, cabecitas de ba-



rro y pedazos de olla. Subiendo más, hallé una colina artificial, semejante á un fortín, desde donde se abraza la ladera occidental y aun pueden contarse los túmulos de que está en crecido número sembrado, como un vasto cementerio. Los más altos no exceden de seis metros, por ocho ó diez de diámetro en la base; y su sección horizontal es ó circular ó elíptica. Hay entre ellos uno que visto por el poniente figura un cono truncado, de dos metros de alto, revestido de lajas sin argamasa, sobre el cual se levanta otro cuerpo, también cónico, de un diámetro inferior en dos metros al del primero; la cima es una superficie bien aplanada, cuyo macizo está formado de piedras de arroyo, según lo descubrió el corte vertical. Ahí se desenteró, además de las consabidas cabeceitas y de pedazos de olla y obsidiana, un pito: es la imagen de un animal fantástico con cuerpo de conejo y cabeza de gallo, cuya cola es el silbato; el aire hiere los bordes de un orificio situado en el vientre, y dos agujeros laterales permiten modular con los dedos el sonido.

## IV

A la vista de tales montículos, se viene luego á las mientes la extendida tradición que en el lugar mismo oí referir de boca de los obreros: que antes de huir los indios, trataron de esconder así armas, tumbas, casas y templos. La acepta don Alejandro Prieto, en su interesante *Historia de Tamaulipas*, al hablar de las ruinas de Altamira, que ofrecen grandes analogías con las de Guadalcázar. Y en novísimo informe sobre las pirámides de San Juan Teotihuacán, se ha podido leer cómo se recomienda el estudio de la *ocultación* de pirámides y tlalteles, que se hallan cubiertos por una capa enorme de tierra y de piedra suelta. Por mi parte, creo que con haber sido ya observado en tres lugares distantes, deja el hecho de ser aislado para convertirse en carácter ó condición de antiquísimos monumentos. ¿Por qué no admitirlo como signo de una costumbre más ó menos generalizada entre los primeros pobladores, conforme con sus ideas estéticas ó con sus creencias religiosas?



Olaus Wormius, escritor danés, citado por Warden, dice que sus compatriotas que morían en los combates eran sepultados juntos en hacinamiento llamado *Valcaster* que cubrían de tierra hasta una altura prodigiosa. "Nuestros antepasados, añade, no sólo enterraban sus muertos en las tumbas; ponían ahí también lanzas, armas, oro, plata y otros objetos preciosos. Quemaban los cuerpos y recogían sus cenizas en urnas que colocaban en medio de un círculo de grandes piedras cubiertas en la cima por una mayor. Sobre todo ello ponían luego tierra y arena, hasta formar una eminencia que vestían de césped, y que era muy agradable de ver." — Por la composición de estos montículos, el mismo escritor los divide en dos clases: unos de tierra y otros de piedra. Los primeros son los más groseros y comunes, y su figura es redonda ó cónica. Los que muestran su base circundada por una hilera de piedras fueron levantados sin duda á la memoria de los generales ó personas distinguidas; en tanto que los sencillos, formados solamente de tierra, lo fueron á los valientes soldados que merecieron bien de la patria.

## V

Mas no por esto ha de creerse que todos los montículos son tumbas. De los varios cuya excavación dirigí personalmente, sólo hallé cadáveres en dos; uno situado en el monte de las Palmas y el otro en la Tabla del Coecillo. Al descubrir en éste el primer esqueleto, pues había allí cinco y entre ellos el de un niño, noté que el espacio que ocupaba no media más de cincuenta centímetros, lo que se explica sabiendo que los antiguos indios ponían al muerto en cuclillas. Y así estaba ese de que hablo, con las rodillas pegadas al pecho y el maxilar inferior apoyado en la columna vertebral. En uno de los agujeros auditivos se halló un objeto de mero adorno, acaso insignia, consistente en un tubo circular de barro, de un centímetro de diámetro adherido á un apéndice en forma de lengüeta. Con el esqueleto se halló también un terroncito de almagre y un núcleo de obsidiana, de doce centímetros de largo, grueso y de afilada punta. Si el muerto fué un caudillo, algún famoso guerrero, podía indicarlo esa navaja, superior en tama-



ño, resistencia y aun forma, á otras muchas láminas de la misma materia, que dentro de aquellos túmulos ó á flor de tierra se encuentran. Ni faltaba la olla de que había de servirse el finado en su peregrinación al país de las sombras: aunque rota por la presión, se veía claramente adornada con varias listas circulares obscuras sobre que se dibujaban líneas blancas onduladas; el cuello tenía una cara triangular en que llamaban la atención el gran tamaño de la boca y las orejas agujereadas. Por desgracia, lo que más valía de esos restos no sostenía ya su propio peso, pues al instante mismo de recoger los huesos, se convertían en polvo: así, de cinco esqueletos, sólo conservo un cráneo, que aunque desprendido de la cara se logró sacar á costa de infinitos cuidados.

De otro túmulo inmediato se extrajo no más que una olla y una cazuela que tenía dentro un pito y una navajuela de obsidiana; los restos humanos se deshicieron al tocarlos. A diferencia del anterior, este sepulcro parece haber sido también casa habitación, juzgando por sus paredes, que forman un rectángulo cuyo lado mayor mide 8. ms.40, y el menor 5. 80. Un muro inter-

medio de 0.ms. 20 de grueso, divide el edificio en dos partes, en una longitud de casi 7 ms. y en dirección de E. á O., que es la del mayor lado. Todo se hallaba escondido bajo un montón de tierra de sección horizontal elíptica y cerca de dos metros de altura.

Más interesante que los montículos ó coecillos, entre los cuales escogí como tipos los que dejo mencionados, juzgo la Cueva de los Muertos, situada en la cañada de los Yugos, á cuatro kilómetros del Realejo. Su boca es circular, de catorce metros de diámetro; y no es posible entrar sino descendiendo verticalmente, por medio de un cable, que van desenrollando con lentitud los obreros sobre un carrillo fijo en el borde más bajo de la boca. La profundidad de esta cueva es de noventa y dos metros; pero á los veintisiete, puede tomarse respiro en un banco bardado de musgos y de helechos. Allí se fija un segundo cable; y cogiéndose de él y poniendo los piés en escalones tallados en la saliente de la pared, se llega á una rampa muy pendiente é insegura que conduce hasta el fondo, hasta una concavidad enorme, cuyo arco de entrada mide veinti-